

Josep M. Armengol

**REESCRITURAS  
DE LA MASCULINIDAD**

**HOMBRES Y FEMINISMO**

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Josep María Armengol Carrera, 2022

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-834-9

Depósito Legal: M. 7.591-2022

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*A mi sobrina Júlia y a mi sobrino Marc, para que las maravillosas diferencias  
de su niñez no se conviertan nunca en desigualdades.*



# ÍNDICE

|                    |    |
|--------------------|----|
| INTRODUCCIÓN ..... | 11 |
|--------------------|----|

## PARTE I

|   |    |
|---|----|
| 1. LOS ESTUDIOS DE LAS MASCULINIDADES: UNA INTRODUCCIÓN .....             | 27 |
| Orígenes .....  | 28 |
| Desarrollo .....  | 32 |
| La política de las masculinidades .....                                   | 39 |
| Los hombres y/en el feminismo.....  | 42 |
| Estudios de las masculinidades: tendencias actuales .....                 | 49 |
| 2. EL POSTESTRUCTURALISMO Y LA «DISOLUCIÓN» DEL SUJETO MASCULINO .....    | 53 |
| Cuestionando la hombría y la masculinidad .....                           | 55 |
| La heterosexualidad en disputa.....                                       | 63 |
| La «raza» blanca como constructo .....                                    | 67 |
| Enfoques postestructuralistas e identitarios de la masculinidad.....      | 75 |
| Repensar el debate.....   | 84 |
| Revisando las masculinidades desde una perspectiva interdisciplinaria.... | 93 |

|  |     |
|--|-----|
| 3. LA MASCULINIDAD COMO REPRESENTACIÓN .....                                       | 99  |
| Representaciones culturales y literarias de la masculinidad: una introducción..... | 101 |
| Los estudios de las masculinidades en la crítica literaria contemporánea ..        | 105 |
| Los hombres en la crítica literaria feminista.....                                 | 113 |
| ¿Sexo o muerte del autor?.....   | 120 |

## PARTE II

|   |     |
|---|-----|
| 4. ¿LOS CHICOS NO LLORAN? MASCULINIDAD Y POLÍTICA(S) DE LAS EMOCIONES .....   | 129 |
| La feminización de las emociones en la cultura contemporánea.....   | 131 |
| ¿Los chicos no lloran?.....   | 141 |
| El «hombre blando» como fenómeno social.....  | 145 |
| Las emociones como motor de cambio social .....   | 150 |
| El potencial político de las emociones .....  | 154 |
| Nuevas paternidades.....  | 159 |
| Re-visiones literarias de la figura paterna .....   | 165 |
| 5. ¿LAS AMISTADES PELIGROSAS? LAZOS AFECTIVOS ENTRE HOMBRES EN LA HISTORIA Y LA CULTURA OCCIDENTALES..  | 173 |
| La historia cultural y literaria de la amistad masculina: una introducción.....   | 176 |
| La homofobia como obstáculo a la intimidad entre hombres: <i>El periodista deportivo</i> , de Richard Ford.....   | 186 |
| El potencial político de las amistades entre hombres para transformar las masculinidades y las relaciones de género .....   | 194 |
| 6. ¿LA MASCULINIDAD COMO VIOLENCIA? RE-VISIONES CULTURALES Y LITERARIAS.....  | 207 |
| La violencia en clave de género: teorías acerca de la relación entre masculinidad y violencia .....   | 210 |
| Violencia(s) masculina(s) en las culturas occidentales contemporáneas ..  | 217 |
| Imágenes de la violencia como prueba de virilidad en la historia cultural y literaria.....  | 230 |
| Re-visiones de la violencia masculina en la literatura contemporánea.....   | 238 |
| «Viejas» y «nuevas» representaciones desde la literatura y el cine: «Un cuento africano», de Ernest Hemingway, y <i>En un mundo mejor</i> , de Susanne Bier ..... | 245 |
| CONCLUSIONES.....   | 253 |
| BIBLIOGRAFÍA.....   | 263 |

## INTRODUCCIÓN

A un hombre no se le ocurriría escribir un libro sobre la situación particular que ocupan los varones en la humanidad.

—Simone de Beauvoir, *El segundo sexo* (1949)

Si el feminismo fue la gran revolución del siglo xx, el cambio del varón podría ser una de las más importantes revoluciones sociales del siglo xxi.

—Victoria Sau, «Nueva(s) paternidad(es)» (2003)

Desde hace décadas, las académicas feministas han demostrado que el género —a saber, las prescripciones culturales que cada sociedad vincula al sexo biológico de un individuo en un momento concreto— es un aspecto central de la vida social y política<sup>1</sup>. Junto con otros factores como la etnicidad, la clase y la sexualidad, el género se entiende hoy en día como uno de los ejes fundamentales de nuestras vidas, así como uno de los principales mecanismos que determinan la distribución del poder en nuestras sociedades. Tradicionalmente, los estudios de género se han centrado en las mujeres. Desde un punto de vista político, así debe ser. Son las mujeres quienes han padecido, y siguen sufriendo, los efectos más nocivos del patriarcado. Son ellas, por tanto, quienes por primera vez tuvieron que hacer visible el género como categoría política. Pese a ello, o quizás debido a ello, los estudios de la masculinidad,

<sup>1</sup> Es interesante señalar que la noción de *género*, tal y como la entendemos hoy, fue establecida en 1969 por un hombre, Robert Stoller, para ilustrar cómo el *género* podía ser diferente del *sexo*. En cualquier caso, el término fue popularizado por Ann Oakley a principios de los años setenta (Segal, 1997, 66).

especialmente en las últimas dos décadas, han comenzado a mostrar que el género no solo condiciona a las mujeres, sino también a los hombres.

Desde el siglo XVIII y hasta mediados del XX, las construcciones históricas de género, etnia y sexualidad se asociaban exclusivamente con los cuerpos «marcados» de las mujeres, las personas colonizadas o esclavizadas y los homosexuales, respectivamente. De este modo, los hombres —y, sobre todo, el varón blanco heterosexual— han permanecido en gran medida invisibles o «sin marcar» en términos de género (Haraway, 1991, 324; Robinson, 2000, 194). En el discurso patriarcal occidental, la persona universal y el género masculino han sido sinónimos. Mientras que las mujeres han sido comúnmente definidas por su sexo, a los hombres se les ha considerado como los representantes de una subjetividad universal y sin un género específico. Sin embargo, resulta evidente que los varones están igualmente marcados por el género, y este proceso de adquisición genérica —la transformación de los varones biológicos en hombres que interactúan socialmente— es una experiencia fundamental para ellos. Como Kimmel y Messner (1998, x-xi) señalan, los hombres siempre se ven a sí mismos y al mundo con perspectiva de género, aunque a menudo parece que actúen sin tenerlo en cuenta.

Es cierto que con frecuencia los hombres no parecen ser conscientes de su género, probablemente porque los mecanismos que nos hacen seres privilegiados tienden a permanecer invisibles para nosotros mismos. Sin embargo, la concepción tradicional de la masculinidad como la norma «invisible» solo contribuye a perpetuar las desigualdades sociales y de género. Al fin y al cabo, la invisibilidad es la condición previa básica para perpetuar la supremacía del varón, pues resulta difícil cuestionar lo que permanece oculto a la vista (Robinson, 2000; Easthope, 1986)<sup>2</sup>. Debido a que la masculinidad trata de mantener su hegemonía haciéndose pasar por normal y universal, es fundamental visibilizarla para su análisis y su crítica.

<sup>2</sup> Robinson habla de dos tipos diferentes de *invisibilidad*. Por un lado, está la invisibilidad de lo marginal, de quienes habitan los márgenes de la sociedad, la historia y la cultura. Por el otro, hablamos de la invisibilidad de los que ostentan el poder. «Mientras que los primeros son invisibles en el sentido de no estar suficientemente representados, los segundos son invisibles tras una marca de universalidad» (2000, 194).



Es verdad que, en cierto modo, los hombres ya son suficientemente visibles<sup>3</sup>. Al fin y al cabo, la mayoría de estudios y trabajos científicos, en el sentido tradicional, se han centrado en ellos. Sin embargo, los nuevos enfoques de la masculinidad insisten en que estos trabajos, en un sentido más profundo, no versan en absoluto sobre la experiencia masculina. Por ejemplo, la masculinidad se trata como una categoría implícita en muchos estudios sociológicos que a menudo dan por hecho que los hombres son el género dominante. La mayoría de los textos de sociólogos como Marx y Durkheim, por ejemplo, usan conceptos como «sociedad», «clase trabajadora» y «organización», que implícitamente se refieren a los varones. Sin embargo, pocos trabajos han abordado la masculinidad *explícitamente* como categoría de género y, como resultado, tanto las dinámicas de la masculinidad como su historia permanecen aún en gran medida por explorar. En palabras de Michael Kimmel:

Los hombres [...] no tienen historia. Por supuesto, tenemos bibliotecas repletas de lo que los hombres han dicho sobre obras de otros hombres, pilas de biografías de hombres heroicos y famosos, relatos históricos de eventos en los que tomaron parte, como guerras, huelgas o campañas políticas. Tenemos retratos de atletas, científicos, soldados, panfletos de sindicatos y partidos políticos. Y seguramente haya miles de hemerotecas de instituciones que fueron creadas, gestionadas y dirigidas por hombres. ¿Cómo puedo pues afirmar que los hombres no tienen historia? ¿Acaso no es todo libro de historia un libro sobre hombres? Al fin y al cabo, como hemos aprendido de las académicas feministas, han sido las *mujeres* las que, hasta hace poco, no han tenido historia. De hecho, si el libro no tiene la palabra *mujeres* en el título, es muy probable que en su mayoría trate sobre hombres. Aun así, esas obras no exploran cómo la experiencia de ser un hombre, de la masculinidad, estructuró las vidas de los

<sup>3</sup> Del mismo modo que Robinson destaca diferentes connotaciones del término *invisibilidad*, describe dos significados distintos para *visibilidad*: «Hacer que lo normativo sea visible como una categoría expresada en términos racializados y marcados por el género puede poner en entredicho los privilegios de lo no marcado, aunque la visibilidad también puede conllevar un tipo diferente de empoderamiento, como nos ha enseñado la historia de los movimientos por la igualdad social en los Estados Unidos. Las políticas de la identidad (lo que Peggy Phelan llama “políticas de la visibilidad”) se basan en gran parte en el supuesto de que la invisibilidad es a la vez causa y efecto de la exclusión política y social» (2000, 2).

varones que en ellas aparecen, las organizaciones e instituciones que crearon y gestionaron, los eventos en los que participaron. Los hombres [...] no tienen una historia propia *como hombres* (1997, 1-2)<sup>4</sup>.

Así pues, más que marcados por el género, podría afirmarse que los hombres han sido recurrentemente universalizados. Los estudios de la mujer ya han mostrado cómo el hecho de igualar el *hombre* como varón al *Hombre* como ser humano genérico ha llevado a menudo a ignorar las experiencias específicas de las mujeres en una sociedad eminentemente androcéntrica. En cualquier caso, los estudios de la masculinidad señalan que nuestro conocimiento sobre hombres y masculinidades también se ha visto limitado por esas nociones universalizadoras. La idea errónea de que la experiencia *masculina* es igual a la experiencia *humana* ha influido en el trato que se le ha dado a las mujeres, al tiempo que ha limitado nuestras percepciones sobre los propios hombres. De ahí la necesidad de los estudios de la masculinidad<sup>5</sup>, que Harry Brod definió ya en sus inicios como

el estudio de las masculinidades y las experiencias masculinas como formaciones socio-histórico-culturales cambiantes y específicas. Estos estudios sitúan las masculinidades como objetos de estudio a la par con las femineidades, en lugar de elevarlas al estatus de norma universal (1987, 40).

Los estudios de la masculinidad han desvelado que, en realidad, aunque *aparentemente* se hable sobre hombres, tratar al hombre genérico como la norma humana desdibuja lo que es único en los hombres *en cuanto* hombres. En otras palabras, no solo distorsiona lo que podríamos llegar a considerar genérico en la humanidad, sino que también impide el análisis de la masculinidad como una experiencia *espe-*

<sup>4</sup> Cuando la cita es de una fuente titulada en inglés en la Bibliografía, la traducción es propia.

<sup>5</sup> En realidad, Brod usa el término *estudios de los hombres* y no *estudios de la masculinidad*, que aquí preferimos. Aunque extendido, el uso del término *estudios de los hombres* es ambiguo. No está claro, por ejemplo, si se refiere a estudios elaborados *por* hombres o *sobre* ellos. De ahí la afirmación de Kimmel de que deberíamos abandonar el término y usar en su lugar el nombre *estudios de las masculinidades* (Carabí y Armengol, 2008). Así, en este estudio utilizaré el término *estudios de las masculinidades*, en lugar de *estudios de los hombres*, y en ocasiones *estudios de la masculinidad* para abreviar.

*cíficamente masculina*, en lugar de un modelo universal de la existencia humana (Brod, 1987, 40). En este sentido, los estudios de la masculinidad buscan ofrecer nuevas perspectivas sobre las vidas de los varones y sus dilemas personales como seres dotados de un género concreto, que es construido socialmente y varía, por ende, según contextos y culturas. Como ocurre en el campo de los estudios de la mujer, compartimos la idea de que masculinidad y feminidad son constructos sociales e históricos, no biológicos. Así, la masculinidad, como todo constructo humano, puede cambiar.

De acuerdo con estos argumentos principales, el presente estudio pretende demostrar la tesis de que los hombres, al igual que las mujeres, son seres marcados por el género y que, por tanto, han experimentado procesos de género cultural e históricamente específicos. Al definir el género como un constructo cultural e histórico, en lugar de como una esencia interna o inmutable, partimos del supuesto de que la masculinidad puede cambiar, y de hecho lo hace constantemente, como veremos. Lo que ha sido construido culturalmente también puede ser culturalmente deconstruido.

Parece apropiado comenzar esta investigación acotando su espacio cultural e histórico, a saber, la cultura contemporánea occidental. Mientras que varios capítulos incluyen secciones sobre las raíces históricas y la evolución de la masculinidad, el énfasis recae en los modelos contemporáneos. A fin y al cabo, desde los años ochenta del siglo xx, y gracias a la influencia de los movimientos feministas y LGTBIQ+, la masculinidad ha experimentado algunos de sus cambios y «crisis» más significativos. Este estudio se centrará, por tanto, en el análisis de la masculinidad contemporánea, y en concreto del modelo dominante o hegemónico, esto es, el varón blanco heterosexual<sup>6</sup>. Como sociedad globalizada, nuestro mundo es un mosaico de diversos conceptos culturales de identidad masculina que, como se ha apuntado ya, varían según factores como la sexualidad, la edad, la etnicidad y la clase social,

<sup>6</sup> En su ya clásico trabajo *Masculinidades*, Raewyn Connell fue la primera en usar el concepto de masculinidad hegemónica, que implica la subordinación de las mujeres pero también de algunos hombres, sobre todo homosexuales. Además, Connell plantea que la opresión patriarcal es un mecanismo que conecta los distintos modelos de masculinidad entre sí. Véase también Connell y Messerschmidt (2005) para una actualización y (re-)definición del concepto.

entre muchos otros. Es imposible, por tanto, llevar a cabo un análisis en profundidad de todos los diferentes patrones culturales, étnicos y sexuales que conforman las masculinidades. Así, sin ignorar la diversidad de masculinidades étnicas y hetero/homosexuales en la cultura contemporánea, nos centraremos aquí en el análisis de la masculinidad hegemónica. Por supuesto, este es solo *un* modelo de ser hombre, aunque sea el *dominante* (Connell y Messerschmidt, 2005; Robinson, 2000, 194; Kimmel, 1997, 6).

El presente proyecto trata principalmente pues de explorar la construcción de la masculinidad hegemónica, en particular su encarnación en los varones blancos heterosexuales. Hemos de admitir que esto puede sonar contradictorio e incluso esencialista. Al fin y al cabo, defendemos la tesis, como ya hemos dicho, de que la masculinidad no es una esencia interna o biológica sino un constructo sociocultural. De esto se desprende que las mujeres, como Jack Halberstam explica en *Masculinidad femenina* (2008), pueden ser «masculinas», y los hombres, «femeninos». Como constructo de género, y no esencia biológica interna, la masculinidad puede ser representada tanto por mujeres como por hombres. En sus propias palabras, «la masculinidad en la década de 1990 ha sido por fin reconocida como, al menos en parte, una construcción de las mujeres, y no solo de las personas nacidas hombre» (Halberstam, 2008, 36).

Pese a ello, o quizás debido a ello, y aun reconociendo el efecto de la masculinidad en ambos «sexos», abordaremos aquí la influencia de la masculinidad en los cuerpos de los varones, defendiendo, como hace Halberstam, la relevancia del cuerpo sexuado en la construcción del género. El propio título original de la obra, *Masculinidad femenina*, enfatiza su acercamiento material o corporal al tema, como sugiere su uso del término *female* (término empleado para referirse a la mujer, no a lo «femenino», en inglés). En otras palabras, la obra de Halberstam mantiene que, mientras que la masculinidad influye tanto en mujeres como en hombres, afecta a unas y otros de manera diferente, y tiene diferentes connotaciones políticas y sociales en cuerpos distintos. En sus propias palabras, «hay muchas [...] líneas de identificación que atraviesan el terreno de la masculinidad y que dispersan su poder en complicadas relaciones de clase, raza, sexualidad y *género*» (2008, 24; énfasis añadido). Mientras que Halberstam se centra en la

masculinidad femenina (y en particular lésbica), el presente estudio se centrará pues en las dinámicas específicas de la masculinidad en varones blancos y heterosexuales.

Al centrarnos en el modelo dominante de masculinidad, en lugar de en otras masculinidades étnicas y (homo)sexuales, se podría criticar también que ahondamos en el análisis de un modelo de masculinidad que ya de por sí es hegemónico en términos sociales, políticos y culturales. Sin embargo, debemos insistir en que, si bien la masculinidad blanca heterosexual es dominante en nuestras sociedades, esta sigue siendo, paradójicamente, en gran medida invisible en términos de género. Debido a que esta invisibilidad solo contribuye a reforzar su fuerte (y a menudo opresiva) influencia, sostendremos, como ya se ha señalado, que explorar la construcción de la masculinidad hegemónica es fundamental para su deconstrucción.

Este libro se divide en varios capítulos. Mientras que los tres primeros ofrecen una visión introductoria y principalmente teórica al estudio de las masculinidades en general, y de la masculinidad hegemónica en particular, los siguientes capítulos tratan de aplicar los hallazgos teóricos sobre masculinidades al análisis de diversos temas centrales dentro de esos estudios, a saber: la política de las emociones (con un énfasis especial en las llamadas «nuevas paternidades»), la homosocialidad y las amistades entre hombres y la violencia de género. Dichos temas han sido seleccionados atendiendo no solo a su evidente relevancia y actualidad social, sino también a su centralidad dentro de los estudios de la masculinidad, muchos de los cuales abordan implícita o explícitamente dichos aspectos.

El primer capítulo explora los orígenes de los estudios de la masculinidad, así como su desarrollo y aspectos políticos. Como veremos, la mayoría de los estudios contemporáneos, incluido el presente trabajo, hunden sus raíces en la teoría feminista, que tradicionalmente se ha asociado con las mujeres. Como consecuencia, el primer capítulo también analiza las (aparentes) contradicciones e implicaciones que surgen del hecho de que los hombres adopten una perspectiva feminista. El capítulo concluye explorando las nuevas direcciones y las tendencias más actuales dentro de los estudios de las masculinidades, en particular las repercusiones del denominado pensamiento postestructuralista y posmoderno en la investigación sobre género más reciente. Si los estu-

dios de la masculinidad se centran en el análisis de la identidad masculina, el postestructuralismo ha desafiado recientemente las nociones fijas de identidad, incluida la identidad de género. Al cuestionar una serie de oposiciones binarias como hombre/mujer o masculinidad/feminidad, esta línea de pensamiento posmoderno y deconstructivista, alentada sobre todo por la llamada teoría *queer* dentro de los estudios de género, ha mostrado que la identidad de género dista mucho, como veremos, de ser estable y fija.

A base de deconstruir nociones estables y rígidas de la identidad, el postestructuralismo también ha cuestionado, como veremos en el capítulo 2, la coherencia interna, e incluso la propia existencia, de la masculinidad (blanca) (heterosexual), el objeto principal de este ensayo. Mientras que la teoría *queer*, por ejemplo, ha evidenciado que la heterosexualidad es un constructo sociohistórico, tan cambiante como contradictorio, los denominados *whiteness studies* («estudios de blanquitud», en español) han mostrado que la «raza blanca» es igualmente un invento político y cultural. Influidos por el trabajo pionero de Michel Foucault sobre sexualidad, el campo de la masculinidad ha demostrado cómo el propio concepto biológico de *sexo* podría ser un constructo discursivo que pierde su significado al aislarlo del discurso social y cultural. De este modo, el postestructuralismo arguye que la supuesta identidad masculina es un ensamblaje de género artificial, contradictorio, quizás incluso inexistente. Sin embargo, y pese a las innovadoras ideas del postestructuralismo sobre género y masculinidad, la escuela feminista ha sostenido a menudo que el trabajo postestructuralista resalta la inestabilidad, la precariedad y las inconsistencias internas de la masculinidad a la vez que desatiende sus aspectos políticos y a menudo opresivos.

El debate sobre la autodeterminación de género y el reconocimiento legal de la identidad de género sigue siendo, sin duda, uno de los más controvertidos tanto desde un punto de vista político como social. Sirva de ejemplo la acalorada discusión, aún abierta, entre varias de las socias del actual gobierno de coalición español respecto a la denominada «Ley Trans» (aún, a fecha de hoy, anteproyecto de ley). Como es sabido, las representantes de Unidas Podemos, encabezadas por la ministra de Igualdad, Irene Montero, consiguieron en 2021 la admisión a trámite de una ley que, en palabras de la propia ministra, garantiza

«la libre determinación de la identidad de género» (*elDiario.es*, 18 de mayo de 2021) al permitir que las mayores de 16 años puedan cambiar de nombre y sexo en el DNI sin más requisitos que la «declaración expresa» de la persona. Dicha ley está teniendo que hacer frente, sin embargo, a la férrea oposición de varios colectivos feministas, desde donde algunas figuras históricas del movimiento, como Lidia Falcón, fundadora del Partido Feminista, han arremetido contra los postulados de Montero. Así, la histórica lideresa feminista ha argumentado, por ejemplo, que «las mujeres trans son unos seres extraños» (*Huffington Post*, 6 de marzo de 2020) o que «el “lobby trans” es una secta mutante» (*Vozpopuli*, 8 marzo 2021).

Nunca antes un debate había generado tanta crispación entre las propias integrantes de la coalición, forzando incluso el cese de la hasta hace poco vicepresidenta segunda del PSOE, Carmen Calvo, férrea defensora, junto a Falcón, de los postulados feministas más tradicionales (Falcón, a su vez, está teniendo que hacer frente a varias denuncias y juicios por transfobia). Mientras que Montero ha defendido la «autodeterminación de género» como eje central de la nueva Ley Trans, Calvo y otras feministas alegan la necesidad de garantizar su plena «seguridad jurídica» antes de su aprobación (*El País*, 4 de febrero de 2021). Por «seguridad jurídica», el PSOE ha esgrimido argumentos y supuestos que podrían perjudicar a las mujeres en el abordaje de temas como la violencia de género o la paridad.

El debate nos está haciendo revivir, ciertamente, algunos de los asuntos históricamente más relevantes dentro de los estudios feministas y de género. No deja de resultar paradójico, por ejemplo, que algunas de las críticas más despiadadas a la llamada «Ley Trans» hayan surgido de las propias filas feministas, sobre todo si tenemos en cuenta que fue precisamente Simone de Beauvoir, considerada una de las fundadoras del feminismo moderno, quien proclamó que «no se nace mujer, se llega a serlo», defendiendo de este modo la construcción cultural del género, así como, por ende, su posible deconstrucción. Igualmente contradictorio, claro está, resulta el hecho de que, al menos en lo que respecta a la «Ley Trans», los postulados feministas más radicales parezcan coincidir con los del partido ultracatólico y de ultraderecha español VOX, quienes, aupados por plataformas civiles como HazteOír, han defendido a capa y espada, como rezan las proclamas pintadas en

sus autobuses, que «si naces hombre, eres hombre. Si eres mujer, seguirás siéndolo». Pese a que la discusión entre la identidad de género y su fluidez sigue tan enconada y abierta como siempre, el capítulo 2 busca contribuir al debate actual, sin pretender cerrarlo o resolverlo, argumentando cómo quizás sea posible conciliar en cierta medida el ideario feminista con, como veremos, un análisis deconstructivo de las contradicciones internas del género y, en concreto, de la masculinidad.

En los últimos años ha habido un gran incremento en el número de estudios dedicados a analizar las representaciones culturales de las masculinidades, sobre todo en la literatura y el cine<sup>7</sup>. Mientras que los trabajos más tempranos, en los años setenta y ochenta del siglo xx, bebieron sobre todo de la psicología y la sociología, la producción teórica más reciente está prestando cada vez más atención a las representaciones culturales, literarias y filmicas de la masculinidad (Armengol *et al.*, 2017). Tal y como sostiene Michael Kimmel (Carabí y Armengol, 2008), el foco de los estudios parece haberse desplazado de las ciencias sociales y del comportamiento a la literatura y las humanidades. Así, este estudio también incorpora el campo de la representación cultural, sobre todo literaria, pero también filmica, a la discusión sobre hombres y masculinidades, en consonancia con las últimas corrientes críticas.

De hecho, la literatura y el cine han jugado siempre un papel fundamental en la representación de las contradicciones y conflictos internos de la masculinidad, puesto que la ideología (de género), como señala Eve Kosofsky Sedgwick, «siempre es, al menos de manera implícita, narrativa» (1992, 14-15). Siguiendo esta idea, el capítulo 3 trata de explorar el papel de los estudios de la masculinidad en la teoría cultural y literaria contemporáneas. El capítulo comienza ofreciendo un repaso general de los estudios culturales, especialmente literarios, sobre masculinidades, analizando sus orígenes y desarrollo. Mientras que sus comienzos se remontan a finales del siglo xx, el campo se ha desarrollado y expandido rápidamente en los últimos años, incorporando, como veremos, contribuciones innovadoras desde los pensa-

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, la sección bibliográfica del libro de Michael Flood *Masculinidades en la cultura y la representación*, así como su subsección dedicada a «Literatura y teoría literaria» (2021).



mientos *queer*, feministas y antirracistas (Armengol *et al.*, 2017). Además de destacar estas nuevas perspectivas críticas, el capítulo también señalará algunas de las implicaciones teóricas de reexaminar las representaciones culturales desde la perspectiva de los estudios de las masculinidades. Como se verá, dichos enfoques pueden ser útiles no solo para cuestionar conceptos patriarcales de la masculinidad, sino también para buscar nuevos modelos, alternativos y no jerárquicos, de ser hombre en nuestras sociedades (Carabí y Armengol, 2015). Por otra parte, el capítulo explora, y defiende, la participación masculina activa en la crítica cultural y literaria feminista. De la misma manera en que la participación de los hombres en el feminismo se ha cuestionado en múltiples ocasiones<sup>8</sup>, algunas críticas recelan igualmente de su implicación en la crítica literaria feminista, y argumentan que dicho ejercicio es, y debería ser, desarrollado *por y para* las mujeres<sup>9</sup>. Sin embargo, nuestra discusión tratará de demostrar que, así como cada vez más hombres abrazan el feminismo, de modo análogo pueden adoptar una perspectiva crítica feminista para estudiar las masculinidades literarias. De igual manera, veremos el ejemplo de varios escritores que, a pesar de su género, han usado sus obras literarias para repensar las relaciones de género y las masculinidades patriarcales tradicionales.

Todos estos argumentos eminentemente teóricos son desarrollados y ejemplificados en los capítulos siguientes, todos los cuales incorporan la cultura, sobre todo la literatura, aunque también el cine, a la discusión de la influencia de las masculinidades sobre las emociones, con especial hincapié en las paternidades, las amistades entre hombres y la violencia en el mundo de hoy. El orden en el que los temas principales de esta segunda parte se han presentado no es arbitrario. Las emociones son, como veremos, un aspecto fundamental de la vida humana, y desempeñan un papel fundamental en las relaciones paternofiliales, así como en los vínculos homosociales masculinos. A su vez, los afectos condicionan de muchas maneras la violencia, que también puede definirse como una emoción, por más que negativa. Por ejemplo, el miedo de los hombres a expresar sus emociones puede llevarlos

<sup>8</sup> Véase el capítulo 1 (epígrafe «Los hombres y/en el feminismo»).

<sup>9</sup> Véanse, por ejemplo, Braidotti (1987); Scholes (1987); Schone (2000); Armengol (2003), y Armengol *et al.* (2017).

a recurrir a la violencia como una forma (legitimada socialmente) de expresividad emocional masculina<sup>10</sup>. Por ello, es impreciso (al menos en parte) afirmar, como algunos estudios han hecho (véase, por ejemplo, Carlton *et al.*, 2020; Seidler, 2000), que los hombres no pueden expresar sus emociones. Quizá sería más apropiado decir que se les ha enseñado a reprimir *algunas* emociones, en particular aquellas que muestran vulnerabilidad, pero que han sido animados por la sociedad a expresar otros sentimientos, como la rabia, por medio de la violencia. Por tanto, y dado el componente emocional tanto de la paternidad como de la amistad, así como de la violencia, el capítulo sobre emociones precede, y en cierta manera introduce, las discusiones posteriores sobre otros campos emocionales asociados a la masculinidad, ya sea positiva o negativamente.

Como se planteará en el capítulo 4, en la cultura occidental la razón y la «objetividad» se han considerado tradicionalmente superiores al mundo de la experiencia emocional y la «subjetividad». Como resultado, la importancia de las emociones ha sido a menudo relativizada. Sin embargo, este capítulo trata de demostrar que las emociones suelen complementar a la racionalidad. Además, pueden ser fuente de cambio social y político, promoviendo una conciencia más igualitaria. Como veremos, las emociones han jugado un papel clave, por ejemplo, en impulsar a las mujeres a trabajar conjuntamente por la igualdad de género (Fricker, 1991) o en la lucha afroamericana por la igualdad racial (Schneider, 2002). Como plantea David Eng (Carabí y Armengol, 2008), la mayoría de los proyectos sociopolíticos humanos son de hecho «proyectos con carga emocional».

Partiendo de la visión de Eng, el capítulo 4 analiza la relación específica entre la masculinidad y la política de los afectos en la cultura contemporánea. Si bien las emociones se han considerado habitualmente como algo «femenino», trataremos de demostrar que la asociación de las emociones con la feminidad es una construcción histórica y cultural específica. Esto implica, por un lado, que la masculinidad y las emociones no siempre han sido mutuamente exclusivas y, por otro, que lo que ha sido creado socialmente puede ser también social y culturalmente cuestionado. Así, el capítulo analiza la relación estrecha,

<sup>10</sup> Véase el capítulo 6 para un estudio más detallado de la violencia masculina.

aunque a menudo encubierta, entre masculinidad y emoción en la cultura y la historia occidentales, con el objeto de demostrar e ilustrar el potencial político de las emociones masculinas, sobre todo aquellas implicadas en la paternidad, para transformar las masculinidades y las relaciones de género (Bueno *et al.*, 2000; Armengol, 2010; Scheibling, 2020). De hecho, el cambio del varón resulta especialmente evidente, como veremos, en el caso de las llamadas «nuevas paternidades». Alejadas de los idearios masculinos tradicionales, estas nuevas relaciones paternofiliales no solo cuestionan la tradicional ecuación de paternidad con actitudes distantes y patriarcales, sino que promueven la cercanía emocional y el cuidado mutuo entre padre e hijas. De este modo, se contribuye a mejorar los vínculos afectivos paternofiliales y, a su vez, a debilitar la misma noción de masculinidad hegemónica en la que estos se han sustentado tradicionalmente. Para ilustrarlo, el capítulo se nutre de varias representaciones de paternidad(es), particularmente novedosas, en la literatura contemporánea.

Enlazando con esta idea, el capítulo siguiente continúa ahondando en el tema de las emociones a través de las relaciones homosociales masculinas, en particular la amistad entre hombres, con un doble objetivo. Por un lado, veremos cómo la distancia emocional que actualmente parece separar a los varones (heterosexuales) no es algo universal ni inmutable, sino producto de factores culturales e históricos específicos, relacionados principalmente con la patologización de la homosexualidad a finales del siglo XIX. Por otro lado, argumentaremos también que lo que fue construido por discursos (pseudo)científicos y culturales puede ser, otra vez, revisado y cambiado, mostrando el potencial político de las amistades y relaciones emocionales entre hombres para combatir no solo la homofobia sino también, como veremos, el sexismo y el racismo en nuestras sociedades. Ello será ilustrado, una vez más, a través de diversos discursos culturales, literarios y fílmicos, que representan y/o deconstruyen la amistad entre hombres desde perspectivas especialmente novedosas.

Si bien la violencia (masculina) constituye, como veremos, uno de los principales problemas de la sociedad contemporánea, la estrecha relación entre masculinidad y violencia se ha naturalizado de forma recurrente y, por tanto, no ha sido suficientemente analizada. Por ello, el capítulo 6 persigue dos objetivos diferentes, aunque también comple-

mentarios. Primero, el capítulo busca explorar la construcción social, cultural e histórica específica de los vínculos entre masculinidad y violencia en la cultura occidental. Segundo, analizando la violencia masculina como producto de factores sociales e históricos, en lugar de biológicos o esencialistas, este capítulo tratará de demostrar que es posible y deseable comenzar a desvincular la asociación arquetípica entre violencia y virilidad en nuestras sociedades. Al igual que los capítulos anteriores, este último apartado se servirá de varios ejemplos culturales, literarios y fílmicos para, por un lado, cuestionar las masculinidades patriarcales tradicionales y, por otro, contribuir también a la búsqueda de nuevos patrones, alternativos y no violentos, de ser hombre. Este es, de hecho, y como se plantea en el capítulo 3, uno de los principales objetivos de una relectura de la literatura y la cultura contemporáneas desde la perspectiva de los estudios de la masculinidad.

En definitiva, el presente volumen se propone demostrar cómo el análisis de las masculinidades es tan interesante como necesario no solo para entender mejor las vidas de los varones, sino también para poder repensarlas y, en última instancia, cambiarlas con el fin último de mejorar la vida tanto de hombres como de mujeres. Si el feminismo fue sin duda la mayor revolución social del siglo xx, el cambio en los hombres y las masculinidades puede perfectamente convertirse, como defiende la psicóloga feminista Victoria Sau (2003), en una de las revoluciones sociales más importantes del nuevo siglo o, en palabras de Octavio Salazar, «la revolución masculina que tantas mujeres llevan siglos esperando».

# PARTE I